



## Bloc de notas

POR LUIS M. ALONSO

# Roth, el mejor notario de las obsesiones propias y ajenas

Tomándose la temperatura a sí mismo, el «Príncipe de Asturias» de las Letras ha conseguido tomársela también a América

Rara vez un escritor cómico se ha tomado tan en serio a sí mismo. Cuando recibió el Booker en 2011, **Philip Roth** se dirigió al canal de televisión que lo entrevistaba interpretando el papel de su vida: el del hombre solitario obsesionado con su cuento personal de nunca acabar. Esta vez había sido acorralado por la fama literaria. «Este es un gran honor», concluyó, después de haber hablado menos de un minuto, «y estoy encantado de aceptarlo». La cámara enfocó su rostro, y agregó: «No se puede ser grave, ¿verdad?».

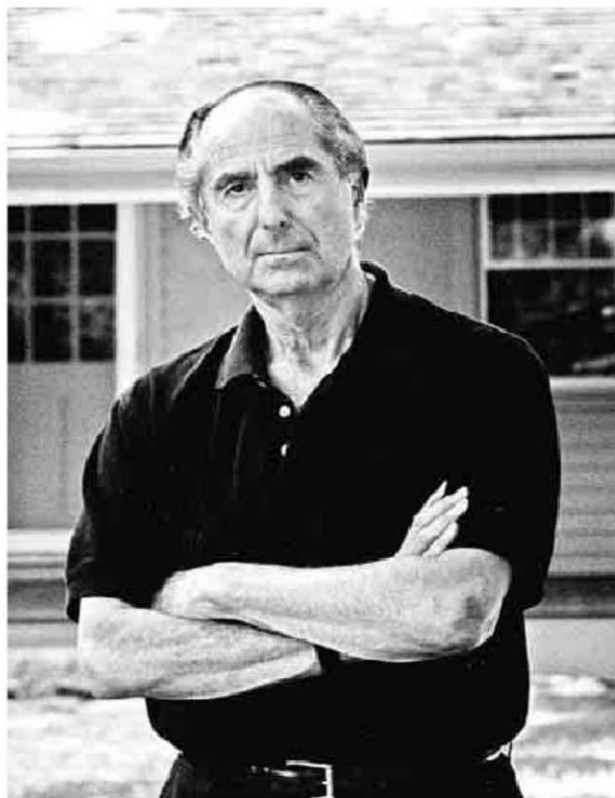
Ahora, Roth, que camina hacia los ochenta años, acaba de obtener el «Príncipe de Asturias» de las Letras, que se suma a otros de prestigio: el National Book Award, en dos ocasiones; el Hemingway, el Nabokov, el Faulkner, el Pulitzer... Todos menos el Nobel, que posiblemente sea el único que le importe realmente. Así todo, sigue, con su pautada producción literaria, aceptando la máxima de su amigo **Saul Bellow**, que decía que ningún escritor debería morir mientras tenga un libro entre manos.

La obsesión por la muerte le lleva a seguir escribiendo con el fin probablemente de exorcizarla. Tras sesenta años de producción literaria, desde **Goodbye, Columbus** hasta **Némesis**, la obra que completa su cuarteto de meditaciones sombrías sobre la mortalidad, después de **Elegía**, **Indignación** y **La humillación**, suele sentarse en una mesa de madera en el estudio de su aireado retiro de Connecticut oficiando a veces como un rabino jubilado, otras simplemente como el gran hombre de las letras estadounidenses. Lacónico, elegante y frío.

**El lamento de Portnoy**, la novela que lo catapultó a un mundo de curiosidad banal por la tenacidad en colocar en un primer mano el onanismo, explicaría esa insistencia en aislarse del ruido. Roth ha dedicado su vida a huir del encasillamiento insistiendo en que no se pueda etiquetar a una persona por una sola experiencia por muy hilarante que sea. Pero en la ficción madura de Roth figura, por orden de aparición, la identidad sexual del varón judío-americano y las complejidades preocupantes de su relación con el sexo opuesto; luego vendría la obsesión por la muerte.

Portnoy fue tomado por cientos de miles de lectores americanos como una confesión personal en forma de novela: se convirtió de inmediato en un éxito de ventas. Para algunos lectores, el hígado de Roth ya nunca volvería a ser lo mismo después de esa gran borrachera, aunque el autor proseguiría con su exquisita tortura autocontemplativa. **Martin Amis** llegó a decir que ningún escritor moderno se había examinado tan profundamente a sí mismo como él.

Después de Portnoy, Roth se refugió de la celebridad en su alter ego, **Nathan**



El escritor estadounidense Philip Roth.

Perteneció, con **Bellow** y **Updike**, a la generación que quiso rehacer la «gran república» tras la Segunda Guerra

**Zuckerman**, y para olvidarse de las presiones de la vida literaria americana dedicó largos períodos a viajar a través de Europa, con estancias prolongadas en Inglaterra. Se casó con la actriz británica **Claire Bloom** tras mantener una larga relación; aquello no se puede decir que terminara del todo bien.

Philip Roth nació en una familia de segunda generación de judíos americanos de Newark, Nueva Jersey, en 1933 el año en que **Hitler** ascendió al poder en Alemania. Menor que **Norman Mailer**, **Gore Vidal**, **Arthur Miller** y **Kurt Vonnegut**, alcanzó su mayoría de edad durante los cincuenta, en los Estados Unidos de **Eisenhower**, junto a **William**

**Styron**, **John Updike** y **Saul Bellow**. La suya fue una generación de jóvenes americanos que querían rehacer la «gran república» después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial y lograrlo, además, a través de la literatura. Los ha sobrevivido a todos.

El eco que adquirió su Nathan Zuckerman de los setenta, protagonista de cuatro novelas caracterizadas por una prosa fácil y fluida, enriquecida por agudas observaciones y un ritmo vertiginoso, eclipsó lo que vendría más tarde. **Operation Shylock** es el ejemplo de una etapa en la que la producción no decayó pero sí el interés popular por las novelas de Roth. Incluso por **El teatro de Sabbath**, aplaudida por la crítica, con la que ganó, además, el National Book Award. Roth volvió a atraer la atención de todos los lectores, ya cumplidos los setenta, con **Pastoral americana**, una de sus mejores novelas, en la que vuelve a sus orígenes y los años de juventud para componer un retablo histórico desde la Depresión a la década de los sesenta. Tomándose la temperatura a sí mismo ha conseguido tomársela también a América.

## Tinta fresca

### La usura

Una gran novela sobre la rendición humana



TINO PERTIERRA

La usura al acecho. La música del azar en la sombra. El destino como oficina de préstamos donde abundan los empeños despeñados. «Sólo es un momento»: palabras que encierran una eternidad en danza. Macabra. Cuidado con lo que ves: te están mirando. «Nada queda en la sombra». Siempre hay ojos cerca, y nadie es inocente. En **La deuda**, novela felizmente recuperada para que siga esparciendo inquietud y tinieblas en nuevos lectores, **Felipe Hernández** se permite la osadía de mezclar a Melville, Kafka, Dostoiévsky y Poe con una prosa que sabe cuándo y dónde dar el martillazo oportuno que hiele la sangre. Y lo hace muy pronto, para convertir al protagonista en testigo del horror que le libera encadenándole. El escalofrío como temperatura narrativa de primer orden.

De la brutalidad a la belleza (Bach, por ejemplo) no hay mucha distancia cuando se llega a un callejón sin salida. Y, si lleváramos la novela a la pantalla, podríamos pensar en un Roman Polanski: las paredes oyen, las paredes miran, las paredes saben. Las paredes te acorralan y los muebles cobran vida, como una mesa coja que ejemplifica la carcoma de un matrimonio. Al protagonista todo le va mal, su mujer es un reproche continuo y las amenazas se instalan en su rutina entre personajes de apellido fantasmal y presencias ciegas. Las mentiras se apoderan del vocabulario (malditas sean) y la locura interpreta extrañas melodías que se clavan en la mente para desgarrarla. Crímenes sin castigo y una propuesta que tiene mucho de venganza al convertir a alguien en una especie de mueble. Carcomido. Un testigo de horrores (coser una boca con aguja e hilo es uno de ellos) que rodean a un personaje extraordinario (Go-doy) por el que resulta imposible no sentir una atemorizada fascinación. «Tengo respeto por el misterio», afirma, y el autor se deja dominar por ese mismo respeto para convertir su gran novela en una muñeca rusa que esconde enigmas dentro de enigmas. La vida es usura y las pequeñas demoras se convierten en una imparable bola de nieve que aplasta a quien las va acumulando, devorando sus huellas al mismo tiempo. La esclavitud como atajo para evitar la soledad, el poder de las sombras, las sombras del poder. Minuciosa y precisa, abstracta y universal, **La deuda** es una de esas novelas que explican el mundo sin salir de una habitación: qué bien que el tiempo no haya podido con ella.



La deuda  
Felipe Hernández  
Sloper